

FRANZ KAFKA, EL ESPEJO DONDE SE MIRA EL TIEMPO

POR ALEXIS FERNÁNDEZ



Kafka (1883-1924) nació en Praga, que entonces pertenecía al imperio austro-húngaro, en el seno de una familia judía de clase media. Tuvo tres hermanas, Elli, Valli y Ottla, a la que más quería, según sus palabras. No en vano le escribió numerosas cartas que ahora se conservan como *Cartas a Ottla*.

Su padre, un comerciante, fue una figura dominante cuya influencia impregnó la obra de su hijo, oscureciendo su existencia, como el propio Kafka decía. En *Carta al padre* (1919) -ese padre que nunca se dignó a leer a su hijo- publicada, como casi toda su obra, póstumamente, Kafka expresa sus sentimientos de inferioridad y de rechazo paterno. A pesar de ello, el escritor vivió con su familia la mayor parte de su vida y no llegó a casarse, aunque estuvo prometido y tuvo numerosas relaciones.

La Europa de Kafka y la de los años posteriores no se caracterizó precisamente por su sensibilidad, sino por el desprecio absoluto hacia la vida humana y hacia el conocimiento y la riqueza intelectual que ésta genera: es la Europa de las dos guerras mundiales. Se ha hablado mucho sobre la frialdad con que Kafka recibió y vivió la I Guerra Mundial, pero lo cierto es que él expresaba tanto con lo que escribía como con lo que silenciaba. A algunos escritores el dolor les mueve, a otros les paraliza, explicaba su amigo y albacea Max Brod, quien se encargó de dar a conocer su legado. De hecho, la mayor parte de sus

amigos murieron en campos de concentración nazis.

Atraído por la metafísica y lo onírico, a la vez que por un marcado realismo, Kafka escribió sobre el desaliento del hombre ante el absurdo del mundo. El mismo desaliento que él sufrió: la soledad, la frustración y la angustiosa sensación de culpabilidad que experimenta el individuo al verse amenazado por unas fuerzas desconocidas que no alcanza a comprender y que se hallan fuera de su control.

Escribió *La metamorfosis* en 15 días y *La condena* en una noche. Si no hubiera sido por su pronta muerte (a los 41 años, de tuberculosis y de lucidez, como aducen algunos críticos), hubiera dado a la literatura un legado mucho mayor, considerando que en sólo 12 años Kafka escribió todas las piezas que han llegado hasta nosotros. De su pluma se desprendió un auténtico torrente literario que escapa a todo intento de clasificación en géneros, y en sus textos, la línea que presuntamente separa ficción y realidad se desdibuja. Y es que, a pesar de la separación tradicional del corpus kafkiano, establecida por Max Brod, en relatos, novelas, diarios, cartas, etc., la obra del autor checo es un todo unitario.

Pero sobre todo, Kafka supo desvelar como nadie la anormalidad del mundo social que hemos construido y que habitamos. Hannah Arendt, en un brillante ensayo, lo explica con

claridad meridiana: *El tema principal de las novelas de Kafka es el conflicto entre un mundo que adopta la forma de esa maquinaria de funcionamiento impecable y un protagonista que intenta destruirla. A su vez esos protagonistas no son simple y llanamente seres humanos como los que encontramos a diario en el mundo, sino modelos variables de un ¿ser humano?, cuya función en el argumento de la novela es siempre la misma: el personaje descubre que el mundo y la sociedad de la normalidad son, de hecho, anormales, que las sentencias emitidas por los prohombres de prestigio reconocido son de hecho demenciales, y que los actos que se derivan de las reglas del juego son, de hecho, desastrosos para todos.*

Kafka es el espejo donde se mira el tiempo. No se trata de profecía, sino de percepción. Fue el más perceptivo de los escritores del siglo XX, afirma Gustav Janouch en sus *Conversaciones con Kafka*. El hombre que vio hacia dónde evolucionaría la distancia entre estado e individuo, poder e individuo, masa y ciudadano. Kafka -explica Llovet- describe el núcleo del problema: la situación de absoluta imposibilidad, la impotencia del individuo frente al código social, la burocracia, ese no hay salida. Y, a pesar de todo, afirmaba Max Brod, cabría señalar lo que se olvida fácilmente cuando se contempla la obra de Kafka: su pliegue de alegría del mundo y de la vida.